

Los últimos espectadores del acorazado Potemkin

Milagros Mata Gil

I
Acercarse a ésta, la última novela publicada por **Ana Teresa Torres**, es como acudir a la Cinemateca para presenciar un película antigua y reencontrada entre pilas y arrumes de rollos. Un descubrimiento que permite re-conocer a un director o a un actor excepcional con una historia inédita e inmortal.

De hecho, la obra trata de la inmortalidad a través de densos juegos de espejos, ocultamientos y palimpsestos, la autora penetra los vericuetos del laberinto novelesco, llevándonos de la mano, pero no para darnos tranquilidad, sino para intranquilizarnos, quebrantar nuestro sueño con interrogantes.

Dos personajes se encuentran en un bar, La Fragata, de nombre emblemático, y son unidos por una suerte de azar. Comienzan a conversar a través de una serie de citas (que se resuelven en diálogos extraordinariamente bien logrados) en las que intercambian papeles viejos sobre los que ellos intentan re-escribir historias, historias inventadas o re-creadas sobre esos papeles, y todo mediante el hilo conductor del mito de Orfeo y Eurídice.

Sin ser una novela de misterios, plantea un misterio: un enigma: tesis sin resolver: ¿Ha muerto Eurídice?, ¿ha muerto el hermano gue-

rrillero?, ¿adónde va la protagonista fassbindariana envuelta en la bruma de París?, ¿puede un mismo episodio ocupar dos veces una sola vida? Un hombre se esfuerza en borrar las huellas de su existencia, recreando la de otro. Una mujer se esfuerza en integrar al mundo las huellas de su existencia, reivindicando una historia llena de ambigüedades, de invenciones, de francos engaños, de contradicciones. Al final, la única forma de integrarse es desapareciendo. Ambos logran lo que desean desde un principio: el dueño de La Fragata, bar de los encuentros, ya los desconoce, ha olvidado sus estancias, si tales estancias existieron.

II

Yo no podría decir que **Los últimos espectadores del acorazado Potemkin** sea una lectura leve y placentera. Ingresar a ella exige cierta atención especial, cierta disposición para hacerlo —a pesar de cualquier otra cosa o distracción— pero, una vez asumido el ritmo, una vez realizada la tercera de las citas, la lectura fluye. Jamás sabremos el destino de los papeles de la mujer, envuelta casi siempre en neblinosas espacialidades semánticas. Jamás sabremos si la novela que traducía era o no real, si la traducción era o no excusa. Como jamás sabremos el destino de Eurídice, planteado como misterio desde el principio.

En otro término, es más completa la historia del hermano, guerrillero intemporal cuyo mito fabrica el mito de la historia del país, desde los días del general Pardo, hasta los días en que el anciano anarquista es deportado después de una fallida acción violenta contra el sistema. **Torres** regresa por esa vía a los temas iniciales de su novelística: el país rural penetrado, irrumpido, por el país petrolero: los cambios que no terminan de cuajarse, la identidad gelatinosa del venezolano. Los comparsas del bar, los habituales de los viernes, lo único que hacen es fortalecer esa visión del país y esas contradicciones. Los dueños del bar, con sus dos decenas de años como testigos, capaces de olvidar o casi olvidar del todo los acontecimientos del bar, pudieran ser metáforas de nosotros mismos y nuestra incapacidad memorística.

Por otra parte, **Torres** misma refuerza ese enlace con lo memorístico en ese juego con el lector, donde menciona otra de sus novelas, como ya leída y revisada: **El exilio del tiempo**. De

cualquier manera, este enfoque es más brechtiano en el estricto sentido de la palabra, porque nos aleja, nos hace sentir en todo momento no como lectores sino como espectadores de un filme neorrealista cuyo final en ningún momento nos atrevemos a anticipar.

III

De todas maneras, ésta es sin duda la más lograda de las novelas de una muy prolífica escritora, como lo es **Ana Teresa Torres**. La más lograda *ahora* desde el punto de vista literario y a la luz de un análisis científico. Quizá no la más suculenta y deliciosa, porque los frutos que da tienen un gusto amargo. Pero sí una de las que más responde a su condición de espejo de un país que ahora también ya fue, sin dejar de ser. Quizá por eso el protagonista vuelve a La Fragata, al final, buscando los nexos que él mismo había desatendido, buscando adónde anudarse para no quedarse solo y desnudo frente al público en un escenario vacío.

NARRADORA

